“El que reciba a este niño en mi nombre, me recibe a mí”

Lc 9, 46-50:

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

EL PODER Y LA GLORIA DEL NOMBRE DE JESÚS

Las lecturas de hoy nos presentan diversas provocaciones. El texto de Zacarías es casi un himno al poder de Dios, un Dios que es verdaderamente el Dios de lo imposible y que quiere habitar en medio de su pueblo para siempre. De ahí que la profecía sea una exhortación a la esperanza y a saber reconocer cómo Dios conduce a su realización, con una fidelidad infalible, su maravilloso plan de salvación. Con todo, el estilo que le caracteriza es paradójico: pasa por caminos muy alejados de nuestra lógica humana, caminos que son ilustrados de una manera eficaz por la figura del niño. La persona misma de Dios se ha hecho visible en el rostro de un Niño sencillo y pobre, pero rico en amor a todos nosotros.

Por otra parte, el niño representa también la denuncia dirigida por Jesús a sus discípulos, alejados con frecuencia de una plena adhesión a la lógica evangélica en el marco de la vida eclesial. El mismo síntoma de la incomprensión de las exigencias evangélicas aparece en el intento de monopolizar la fe en él. Se trata de una voluntad de acaparar el poder de Jesús, ignorando que el poder y la gloria del nombre de Jesús superan los mismos confines de la comunidad. Esta última debe recordar más bien en todas las ocasiones que cualquier curación, liberación o victoria sobre las fuerzas del mal no procede de ella, sino solo de aquel Nombre que supera a todos, incluida la Iglesia.

ORACION

Oh Padre, tú que eliges a los pequeños y a los pobres, tú que les revelas a ellos los misterios de tu Reino, ayúdame a caminar por los caminos de la humildad y de la sencillez. Quiero imitar a tu hijo, Jesús, «dócil y humilde de corazón», y hacerme como él «siervo» de mis hermanos y hermanas. Sé que mi «hombre viejo» intenta impedir que me rinda a tu amor, alimentando en mí el orgullo, la presunción y la ingratitud. Sé también, no obstante, que a ti nada te es imposible y que con tu Espíritu puedes renovarme, realizando en mí las maravillas de las que sólo tú eres capaz.

Crea, pues, en mí, oh Padre celestial, un corazón dócil, alejado de triunfalismos, colmado de gratitud por el inmerecido amor con el que has revestido mi vida, un corazón ajeno a las envidias y a las rivalidades, pero capaz de gozar sinceramente con cada semilla de bien que has sembrado en el mundo.